

do, lucha por sus privilegios a trueque de hacerlos triunfar. Se introduce en las conciencias y divide los sentimientos de los hombres. Un partido político, aliado suyo, la apoya y la empuja. En verdad, la Iglesia, los hombres que componían esa institución desde el punto de vista humano, y el partido conservador de esa época han sido perniciosos al país. Todo lo que quiso la Iglesia no lo consiguió; pero al perder sus privilegios se dignificó y se hizo más pura. El partido conservador, cuando ya no tuvo que luchar en su favor, se orientó a una verdadera política social bastante discutible, porque antes que nada ha sido socialista para encubrir sus ambiciones y mantener sus fueros.

Del libro del señor Amunátegui, aunque no se diga con las mismas palabras, fluye todo eso. Se comprende que hiciere a un partido histórico el recuerdo de esas amargas campañas. Pero era necesario colocar históricamente las cosas en su lugar. Aunque algunas de ellas se discutan, el fondo no cambiará. Quedará trazada la silueta del daño que han hecho al país una Iglesia militante en las luchas sociales y un partido que demasiado se abanderizó en su defensa.—GUILLERMO FELIÚ CRUZ.



REGRESO DE LA U. R. S. S., por *André Gide*.—Empresa Letras,
Santiago de Chile

Estas opiniones de uno de los grandes escritores de nuestro tiempo, son, sin duda, un fuerte golpe para los fanáticos del stalinismo. Después del libro igualmente sincero, pero mucho más impresionista, de Panait Istrati (*Rusia al desnudo*) esta crítica franca y ecuaníme del campeón francés de Rusia, vendrá a abrir los ojos a muchos hombres de buena fe, que

acaso tomaron las censuras del novelista rumano por exageraciones de un temperamento hiperestésico.

Gide es, en efecto, un analista más bien frío, si se le compara con Istrati o Romain Rolland. Por otra parte, debemos descontar desde un comienzo los rigores de su conciencia de no-conformista. Descendiente de hugonotes, es un *protestante* nato; y si a su naturaleza le repugna la obediencia incondicional a un Papa católico, tampoco podía esperarse que aceptara comulgar con los dictados del Pope supremo de Moscú. Lo que en realidad forma, a mi modo de ver, el nudo de la cuestión del libro de Gide, es el problema de la conciencia del escritor ante las artes y arterías de la política, o, en otras palabras, si es posible aplicar a la conducta de un director de pueblos un cartabón tan estricto como el que regiría la moralidad de un padre de familia o del jefe de una comunidad religiosa.

El cargo capital que hace Gide a la camarilla stalinista, es el haber identificado la suerte del pueblo ruso con la de un hombre, haciendo de la voluntad de éste, de su criterio y de sus conveniencias, la *última ratio* de la nación. Esto me recuerda lo que me confesaba un pastor protestante italiano, hace ocho años, a mi paso por el feudo de Mussolini:

«Nosotros no objetamos tanto, me decía, a la tiranía del Duce. Lo peor es la camarilla que lo rodea: insaciable, abyecta en su adulo, capaz de todo cuando cree amenazada su situación».

Algo parecido dice Gide de los lugartenientes y secuaces del stalinismo; y esto, por lo demás, es lo que venía diciendo Trotzky desde antes de salir de Rusia. Pero el observador francés se apresura a reconocer que lo óptimo se halla en igual medida que lo pésimo dentro de la comunidad soviética. El querría solamente más piedad, más simpatía humana, y sobre todo más respeto por la verdad y la sinceridad de parte de los que mandan en Rusia. Reconoce que hay sitios ideales donde

el niño, las madres, los enfermos reciben cuidados como no se les dispensan en otras partes del mundo; pero esto no es suficiente compensación, en su sentir, por la falta de una verdadera crítica de los funcionarios públicos, de la libertad de opinión y de la condición de miseria relativa del pueblo.

Uno que tuviese intentos de humoristas recogería la ingenua confesión de Gide de que fué a Rusia con miras de dejar de ver la miseria popular, advirtiéndole que por eso se llama al gobierno de ese país la Dictadura del Proletariado. . . y que no sería natural que hubiese allá gente que no fuera «proletaria». Pero la objeción del observador francés es precisamente que hay desigualdad y privilegio. En cuanto a que el mal gusto impere en telas y muebles, y que la manufactura sea siempre ordinaria, eso comienza a parecer exigir gollerías.

No hay duda que el gobierno de Stalin adolece del mismo mal de que adolecen todos los gobiernos: el creerse «dueños» del poder, y no meramente mandatarios del pueblo. En otro sentido, el disimular sus errores, acusando a sus críticos de codiciar ese poder que ellos detentan. Claro que el gobierno de Stalin podría alegar razones harto pausibles para proceder dictatorialmente, comenzando por recordar que nadie se halla tan completamente rodeado de enemigos, ni gobierno alguno ha intentado antes una transformación tan radical de la sociedad. pero el papel del escritor, tal como lo comprende Gide, se ejerce en defender al individuo contra el Estado, a la conciencia individual contra la razón del Estado, a la cultura contra el instinto. «Y la cultura se halla en peligro, escribe Gide, cuando la crítica no puede ejercerse libremente».

El autor no desconoce el inmenso esfuerzo realizado por los gobernantes de Rusia y más bien se complace en enumerar muchos de sus triunfos. Ningún lector honrado podría negar tampoco que Gide ejerce su crítica desde un punto de vista «doctrinario», pues a la firmeza de su convicción se debe precisamente

que se atreva a acusar a Stalin y sus camaradas de haber detenido la revolución, de estancarse en los intereses creados. Los otros naturalmente celebrarán su libro por lo que tiene de condenatorio de una esperanza de la humanidad, y procurarán hacerlo servir a sus miras retrógradas.

Bien claro está, sin embargo, que el espíritu con que fué escrito está muy lejos de eso. No hay duda que la «política» comunista manda otra cosa, y que, como cualquiera otra política, mira más a los resultados futuros, y al conjunto, que a los pormenores del presente y a los fines puramente espirituales. Entre líneas, uno puede leer en Gide cuánto más hermosa es la preparación de una revolución que sus resultados, y cuánto más heroicos aparecen los caracteres en la conspiración y en el destierro, que cuando se sientan a la mesa del triunfo...

Muchos serán los que crean con Gide que estas advertencias serán saludables, sino para Stalin y los suyos, para los revolucionarios socialistas en general. Como poeta, él cree posible el paraíso en la tierra; como socialista científico, subscribe la posibilidad de un progreso indefinido. Hoy es Rusia, mañana será España la que nos muestre esas posibilidades en la práctica.

La traducción de «Retour de U. R. S. S.» ha sido hecha con la premura comprensible; pero no excusa algunos galicismos garrafales y hasta frases desprovistas de sentido. Así, cuando Gide dice: «Decir que Stalin tiene siempre razón, equivale a afirmar que Stalin no permite tener razón a nadie» el traductor escribe: «Decir que Stalin tiene siempre razón, equivale a decir que Stalin *puede con todo*».

Un libro penoso de leer para los que simpatizamos con el ideal de una sociedad más justa y ordenada; pero al mismo tiempo un edificante espectáculo, el de una conciencia que se debate entre los temporales y los eternos principios.—E. MONTENEGRO.